



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA ROMANA
DE SANTA MARÍA DEL ROSARIO EN LOS MÁRTIRES PORTUENSES

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

III Domingo de Adviento, 16 de diciembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

«Estad siempre alegres en el Señor. Os lo repito: estad alegres. El Señor está cerca» (*Flp 4, 4-5*). Con esta invitación a la alegría comienza la antífona de entrada de la santa misa en este tercer domingo de Adviento, que precisamente por eso se llama domingo "*Gaudete*". En verdad, todo el Adviento es una invitación a alegrarse, porque "el Señor viene", porque viene a salvarnos.

Durante estas semanas, casi diariamente, nos consuelan las palabras del profeta Isaías, dirigidas al pueblo judío desterrado en Babilonia después de la destrucción del templo de Jerusalén, el cual había perdido la esperanza de volver a la ciudad santa en ruinas. "A los que esperan en el Señor él les renovará el vigor —asegura el profeta—, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse" (*Is 40, 31*). Y también: "Regocijo y alegría los acompañarán. Pena y aflicción se alejarán" (*Is 35, 10*).

La liturgia de Adviento nos repite constantemente que debemos despertar del sueño de la rutina y de la mediocridad; debemos abandonar la tristeza y el desaliento. Es preciso que se alegre nuestro corazón porque "el Señor está cerca".

Hoy tenemos un motivo ulterior para alegrarnos, queridos fieles de la parroquia de *Santa María del Rosario en los Mártires Portuenses*, y es la dedicación de vuestra nueva iglesia parroquial, que surge en el mismo lugar donde mi amado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II celebró, el 8 de noviembre de 1998, la santa misa con ocasión de su visita pastoral a vuestra comunidad.

La solemne liturgia de la dedicación de este templo constituye una ocasión de intenso gozo espiritual para todo el pueblo de Dios que vive en esta zona. Y de buen grado me uno también yo a vuestra satisfacción por tener por fin una iglesia acogedora y funcional. El lugar en que está construida evoca un pasado de testimonios cristianos resplandecientes. En efecto, precisamente aquí, en las cercanías, se encuentran las catacumbas de Generosa, donde según la tradición fueron sepultados tres hermanos, Simplicio, Faustino y Beatriz, víctimas de la persecución desencadenada en el año 303, y cuyos restos mortales fueron conservados, en parte, en Roma en la iglesia de San Nicolás in Carcere y en Monte Savello, y, en parte, en Fulda, Alemania, ciudad que desde el siglo VIII, gracias a que san Bonifacio llevó allí las reliquias, honra a los mártires portuenses como sus copatronos.

A este respecto, saludo al representante del obispo de Fulda, y también a mons. Carlo Liberati, arzobispo-prelado de Pompeya, santuario mariano con el que vuestra parroquia mantiene un hermanamiento espiritual.

La dedicación de esta iglesia parroquial cobra un significado muy particular para vosotros que vivís en este barrio. Los jóvenes mártires que entonces murieron por dar testimonio de Cristo, ¿no son un fuerte estímulo para vosotros, cristianos de hoy, a perseverar en el seguimiento fiel de Jesucristo? Y la protección de la Virgen del Santo Rosario, ¿no os pide ser hombres y mujeres de fe profunda y de oración, como lo fue ella?

También hoy, aunque sea con formas diversas, el mensaje salvífico de Cristo encuentra oposición y los cristianos, de otras maneras y no menos que ayer, están llamados a dar razón de su esperanza, a testimoniar ante el mundo la verdad de Cristo, el único que salva y redime. Por consiguiente, esta nueva iglesia ha de ser un espacio privilegiado para crecer en el conocimiento y en el amor de Cristo, a quien dentro de pocos días acogeremos en la alegría de su nacimiento como Redentor del mundo y Salvador nuestro.

Aprovechando la dedicación de esta nueva y hermosa iglesia, quiero dar las gracias a todos los que han contribuido a construirla. Sé que la diócesis de Roma se está esforzando con empeño, desde hace muchos años, por lograr que en cada barrio de esta ciudad en crecimiento constante haya complejos parroquiales adecuados.

Saludo y expreso mi gratitud, en primer lugar, al cardenal vicario y al obispo auxiliar Ernesto Mandara, secretario de la Obra romana para la conservación de la fe y la provisión de nuevas iglesias en Roma. Os saludo y os manifiesto mi agradecimiento en particular a vosotros, queridos feligreses, que de diversas maneras os habéis comprometido en la realización de este centro parroquial, que se añade a los más de cincuenta que ya funcionan gracias al notable esfuerzo económico de la diócesis, de tantos fieles y ciudadanos de buena voluntad, y a la colaboración de las instituciones públicas. En este domingo, dedicado precisamente al apoyo de esa meritoria obra, pido a todos que prosigan ese compromiso con generosidad.

Asimismo, saludo con afecto a mons. Benedetto Tuzia, obispo auxiliar del sector oeste; a vuestro párroco, don Gerard Charles McCarthy, a quien agradezco de corazón las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de esta solemne celebración. Saludo a sus colaboradores sacerdotes, pertenecientes a la fraternidad sacerdotal de los Misioneros de San Carlos Borromeo, aquí representada por el superior general, mons. Massimo Camisasca, a la que desde 1997 está encomendada la atención pastoral de esta parroquia.

Saludo a las religiosas Oblatas del Amor Divino y a las Misioneras de San Carlos, que con gran entrega realizan su apostolado en esta comunidad, y a todos los grupos de niños, de jóvenes, de familias y de ancianos que animan la vida de la parroquia. También saludo cordialmente a los diversos movimientos eclesiales presentes, entre los cuales están la Juventud ardiente mariana, Comunión y liberación, la Renovación carismática católica, la Fraternidad de Santa María de los ángeles, y el grupo de voluntariado Santa Teresita.

Además, quiero animar a todos los que, juntamente con la *Cáritas* parroquial, tratan de salir al encuentro de las muchas necesidades del barrio, especialmente respondiendo a las expectativas de los más pobres y necesitados. Por último, saludo a las autoridades presentes y a las personalidades que han querido participar en esta asamblea litúrgica.

Queridos amigos, vivimos hoy una jornada que corona los esfuerzos, las fatigas, los sacrificios realizados y el compromiso de la comunidad de formar una comunidad cristiana madura, deseosa de tener un espacio reservado definitivamente al culto de Dios. Esta celebración es muy rica en palabras y símbolos que nos ayudan a comprender el valor profundo de lo que estamos realizando. Por eso, recojamos brevemente la enseñanza que nos dan las lecturas que se acaban de proclamar.

La primera lectura está tomada del libro de Nehemías, un libro que nos narra el restablecimiento de la comunidad judía después del destierro, después de la dispersión y la destrucción de Jerusalén. Por tanto, es el libro de los nuevos orígenes de una comunidad, y está lleno de esperanza, aunque las dificultades eran aún grandísimas. En el centro del pasaje que nos acaban de leer se encuentran dos grandes figuras: un sacerdote, Esdras, y un laico, Nehemías, que son respectivamente la autoridad religiosa y la autoridad civil de aquel tiempo.

El texto describe el momento solemne en que se restablece oficialmente, después de la dispersión, la pequeña comunidad judía; es el momento de volver a proclamar públicamente la ley, que es el fundamento de la vida de esta comunidad, y todo se desarrolla en un clima de sencillez, de pobreza y de esperanza. La escucha de esta proclamación tiene lugar en un clima de gran intensidad espiritual. Algunos comienzan a llorar de alegría por poder escuchar nuevamente con libertad la palabra de Dios, después de la tragedia de la destrucción de Jerusalén, y recomenzar la historia de la salvación. Y Nehemías los exhorta diciendo que es un día de fiesta y que, para tener la fuerza del Señor, es preciso alegrarse, agradeciendo a Dios sus

dones. La palabra de Dios es fuerza y alegría.

También en nosotros esta lectura del Antiguo Testamento suscita gran conmoción. En este momento ¡cuántos recuerdos se agolpan en vuestra mente! ¡Cuántos esfuerzos realizados para construir, año tras año, la comunidad! ¡Cuántos sueños, cuántos proyectos, cuántas dificultades! Sin embargo, ahora tenéis la posibilidad de proclamar y escuchar la palabra de Dios en una hermosa iglesia, que favorece el recogimiento y suscita alegría, la alegría de saber que no sólo está presente la palabra de Dios, sino también el Señor mismo; una iglesia que quiere ser una invitación constante a una fe firme y al compromiso de crecer como comunidad unida. Agradecemos a Dios sus dones y manifestemos nuestra gratitud también a todos los que han sido artífices de la construcción de esta iglesia y de la comunidad viva que en ella se reúne.

En la segunda lectura, tomada del Apocalipsis, se nos narra una visión estupenda. El proyecto de Dios para su Iglesia y para la humanidad entera es una ciudad santa, Jerusalén, que desciende del cielo resplandeciente de gloria divina. El autor la describe como ciudad maravillosa, comparándola con las joyas más preciosas, y por último precisa que se apoya en la persona y en el mensaje de los Apóstoles. Al decir esto, el evangelista san Juan nos sugiere que la comunidad viva es la verdadera nueva Jerusalén, y que la comunidad viva es más sagrada que el templo material que consagramos.

Para construir este templo vivo, esta nueva ciudad de Dios en nuestras ciudades, para construir el templo que sois vosotros, hace falta mucha oración, hace falta aprovechar todas las oportunidades que nos brindan la liturgia, la catequesis y las múltiples actividades pastorales, caritativas, misioneras y culturales, que conservan "joven" vuestra prometedora parroquia. El cuidado que con razón brindamos al edificio material —rociándolo con el agua bendita, ungiéndolo con óleo y llenándolo de incienso— debe ser signo y estímulo de un cuidado más intenso para defender y promover el templo de las personas, formado por vosotros, queridos feligreses.

Por último, la página evangélica que acabamos de escuchar nos narra el diálogo entre Jesús y los suyos, en particular con Pedro. Es una conversación totalmente centrada en la persona del Maestro divino. La gente había intuido algo en él. Algunos pensaban que era Juan Bautista que había vuelto a la vida; otros que Elías había regresado a la tierra; otros, que era el profeta Jeremías. En cualquier caso, la gente pensaba que era una de las grandes personalidades religiosas.

Pedro, en cambio, en nombre de los discípulos que conocen a Jesús de cerca, declara que Jesús es más que un profeta, más que una gran personalidad religiosa de la historia: es el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Cristo, el Señor, le dice respondiendo solemnemente: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (*Mt* 16, 18). Pedro, el pobre hombre con todas sus debilidades y con su fe, se convierte en la piedra, asociado precisamente por su fe a Jesús, es la

roca sobre la que está fundada la Iglesia.

De ese modo, vemos una vez más cómo Jesucristo es la verdadera roca indefectible sobre la que se apoya nuestra fe, sobre la que se construye toda la Iglesia y, así, también esta parroquia. Y a Jesús lo encontramos en la escucha de la sagrada Escritura; está presente y se hace nuestro alimento en la Eucaristía; vive en la comunidad, en la fe de la comunidad parroquial.

Por consiguiente, en la iglesia edificio y en la Iglesia comunidad, todo habla de Jesús; todo gira en torno a él; todo hace referencia a él. Y Jesús, el Señor, nos reúne en la gran comunidad de la Iglesia de todos los tiempos y de todos los lugares, en comunión con el Sucesor de Pedro como roca de la unidad. La acción de los obispos y de los presbíteros, el compromiso apostólico y misionero de todos los fieles consiste en proclamar y testimoniar con la palabra y con la vida que él, el Hijo de Dios hecho hombre, es nuestro único Salvador.

Pidamos a Jesús que guíe a vuestra comunidad y la haga crecer cada vez más en la fidelidad a su Evangelio; pidámosle que suscite muchas y santas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras; que suscite en todos los feligreses la disponibilidad a seguir el ejemplo de los santos mártires portuenses.

Pongamos esta oración en las manos maternas de María, Reina del Rosario. Que ella obtenga que se realicen en nosotros, en este día, las palabras finales de la primera lectura: "Que la alegría del Señor sea nuestra fuerza" (cf. *Ne* 8, 10). Sólo la alegría del Señor y la fuerza de la fe en él pueden hacer fecundo el camino de vuestra parroquia. Así sea.